

BORIS

José Manuel Díaz / 49 año de Letras Españolas. Filosofía y Letras.

¿Por qué a mí? Cada vez que uno de ellos me hace una confidencia y me pide un consejo, me siento conmovido y responsable como si su problema fuera el mío. Sobre todo, esto: responsable. A veces tengo algo que decirles; algo con lo que yo creo que se les puede orientar; en ocasiones creo tener alguna luz para ellos, aunque inmediatamente me siento grotesco y pretencioso con este pensamiento y, sin embargo, les digo algo casi siempre. Pero otras veces, como en este caso, no sé qué decir. Porque, obviamente, este muchacho tiene problemas muy graves de los que, además, es inocente. Víctima del "principio de autoridad" que ejercen con tan poca equidad los padres, ha debido de romper violentamente con ese principio aniquilador de la personalidad, de la libertad y de la elección.

... Cuando se me acercó en el café de la escuela, ni siquiera lo vi. Estaba leyendo y calificando algunos de los exámenes que les acababa de hacer a los de quinto cuando, de pronto, una voz queda, grave, respetuosa de mi abstracción, me hizo volver la cara. Su voz había sido el claro anticipo de su postura y me dije que ese muchacho necesitaba algo. Me pidió permiso para sentarse y, luego, me contó su historia... Pero antes que nada, quiero recordar su tono: sereno. Creo que de ninguna otra manera se le podría clasificar ni recordar. Sereno. Como despojado de toda emotividad. Solamente la narración, casi en tercera persona: "Ha pasado esto. ¿Qué hago?" Por eso, precisamente, me sentí confundido... Si hubiera llorado, palidecido siquiera, el mecanismo de siempre se hubiera puesto a trabajar en mí y, entonces, le hubiera dicho lo que generalmente les digo al principio: "Ten calma, no es nada del otro mundo." Pero no podía decirle que tuviera lo que ya tenía, ni que las cosas no eran lo que él me desmentía con su expresión triste. Egoístamente me deleité con las primicias de una historia patética. Volví, mientras él hablaba, a preguntarme que por qué me escogerían, de vez en cuando, para platicarme estas cosas... Un profesor joven, diferente —¿quizá?—, que no ha caído en la rutina... Pero ¿es esto, o simplemente ven en mí un profesor a quien conmover para que los recuerde a la hora de los exámenes? Y, sin embargo, Boris no es del tipo: es el primero en clase. Tiene una inteligencia y una sensibilidad verdaderamente raras. Jamás hace preguntas y siempre les lleva ventaja en los exámenes a sus compañeros. Ventaja verdadera: no memoriza los conceptos, los entiende. Un alumno raro, pues.

Un padre millonario y traumatizado por la guerra. A esto hay que sumarle la muerte —fusilada en Checoslovaquia— de la madre y las miserias —de todo tipo, me imagino— que se sucedieron durante sus múltiples huidas. Y cuando todo aquello quedó atrás, la subida del refugiado a través de esfuerzos increíbles. El dinero llega y, con él, el alcohol y las queridas. El hijo lo tiene todo —coches último modelo, trajes, dinero excesivo en la bolsa— menos un hogar y un cariño. Sí, lo sé, la misma historia de siempre,

pero esta vez con agravantes. Con lo superfluo llegan para los refugiados las discusiones y, luego, las golpizas: primero, porque estaba bebido el padre, luego porque estaba crudo y, al fin, por costumbre. El muchacho se va, deja todo. Se pone a trabajar en una oficina del gobierno y vive solo pero, entonces, comienza la persecución del verdugo: la víctima no se le ha de escapar tan fácilmente. La necesita. De cuarto en cuarto lo saca y se lo lleva. Permanece en su casa unos días y vuelve a escapar interminablemente... hasta que ya no encuentra otra salida más que la de huir de México. En este punto viene y me pregunta: "¿Qué hago...?"

*

Hace tres años que lo conozco y no puedo decir aún que le haya visto cometer acción alguna que no corrobore esa impresión de nobleza que deja en cada persona que lo trata. Y yo creo que es precisamente por eso que atrae sobre sí la envidia y la maldad de la gente. Pero lo malo es que nunca se defiende: se vuelve completamente sordo cuando le hacen llegar las murmuraciones que se cuentan por ahí. Y esto lo perjudica más aún, porque quien calla, otorga, ¿no...?

Todo se debe a una serie de experiencias desgraciadas que —como dice Freud— lo han traumatizado profundamente y que hacen de su historia una de esas que se oyen entre mil. O quizá haya muchas semejantes a la de Boris, sólo que la gente se las guarda. El mismo Boris no quiere hablar nunca de eso y si me lo contó a mí es porque soy para él como el hermano que nunca tuvo —el problema del hijo único, con todas sus implicaciones de castración, ¿no?— y con quien, quizá, las circunstancias hubieran sido otras muy diferentes. Me pregunto hasta qué grado pueden ser heredados todos los sufrimientos que provoca la guerra... Porque en él existe un equilibrio que a veces tiembla y parece que va a romperse: sus ojos azules, siempre tranquilos y con una especie de sonrisa triste, se nublan y se opacan sin motivo alguno en ocasiones... como, por ejemplo, en la comida en casa de Jaime, en donde vi a Boris estremecerse ligeramente durante unos segundos y cambiar su expresión habitual por la de un niño a punto de llorar. Me pregunté si estaría pensando que esta vida rota que lleva a cuestas se debe —cadena de víctimas— al desequilibrio permanente que dejó la guerra en su padre. Stalingrado fue una de las batallas más sangrientas de la gran segunda, como nos dijo el Cacahuate en su clase. Ahí fue herido el padre en la cabeza por una granada y de ello, probablemente, derive su locura. La piedad que me inspira Boris no tiene límites, pero tampoco apaciguamiento, porque permanece siempre cerrado a toda ayuda... Apenas me contó su historia, me pareció como si él estuviera arrepentido de haberlo hecho: en dos días estuvo esquivándome y en lugar de salir de clase a jugar basquet, como siempre, se metía a la biblioteca y no salía de ahí hasta que no tocaba la chicharra. Y, de pronto, volvió a ser como siempre. Hasta me platicó algunas veces —con inquietud de mi parte— algo más: por ejemplo, lo del mesero amigo suyo que le consiguió una chamba igual en el Fontana... Me imagino lo desgraciado que se habrá sentido al tener que servir a la gente conocida que se habrá parado, con toda seguridad, por allá. Pero ni modo, de alguna manera tenía que pagar la colegiatura, su comida y el cuarto.

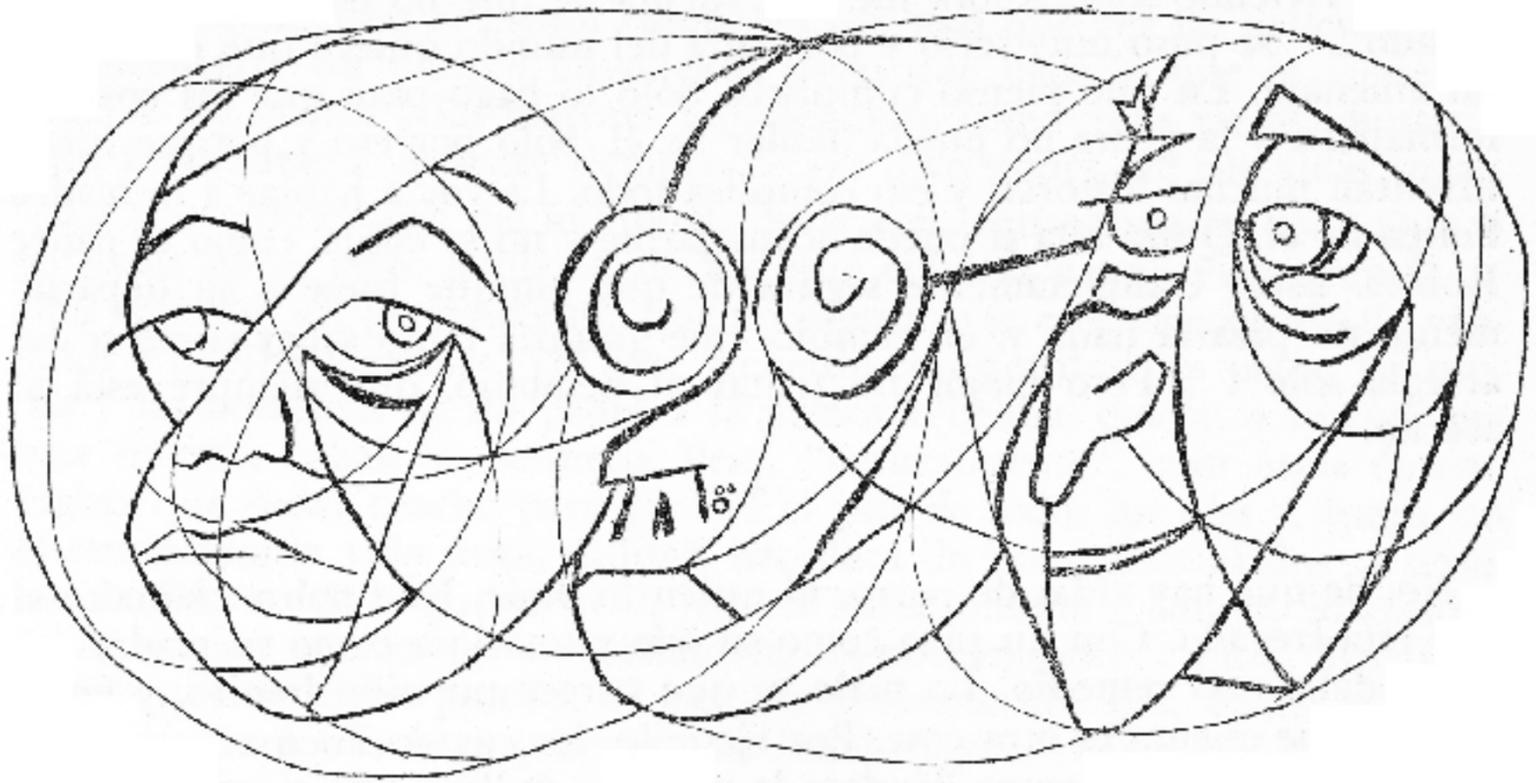
*

Yo he hecho lo que puedo como amigo, pero ha sido poco porque su orgullo para estas cosas es enorme: cada vez que lo invitaba a comer me sacaba un pretexto: la novia, el médico, los exámenes y miles de cosas más hasta que dejé de invitarlo. La última vez que lo hice, sucedió algo raro:

sonrió y, luego, poniendo cara seria al ver la mía, me dijo: "Hoy no puedo, gracias. Tengo que ver a Graciela." Y no es que su negativa haya sido lo que me extrañó, sino su sonrisa borrada tan rápidamente, como si fuera una falta. Sin embargo, pobre Boris: no le perdonamos ni que se ría. Lo queremos, lo compadecemos, le tenemos simpatía, pero no permitimos —los muy pocos que sabemos su historia— que se nos escape un solo gesto ni un ademán de él.

*

Boris. Una historia clínica interesante, con todas las características traumatólogicas de un caso de múltiples motivaciones. Múltiples: la guerra, la madre —una enferma sexual, ninfómana—, el padre —alcohólico definido— un ambiente propenso al desquiciamiento psicológico. Además una sensibilidad natural enfermiza y una inteligencia excepcional. Todo un caso. Con el resultado obvio de la resistencia, del rechazo al psicoanálisis, a la psicoterapia: hasta ahora, luego de tres meses de ablandamiento, de ofrecerle confianza y seguridad, he podido reestructurar con todos sus datos la historia. (No quería más que le curara una sinusitis crónica cuando se me acercó en aquella reunión en casa de los Roel, quienes le dijeron que yo era "médico"... No podía darse una casualidad más grande...) Tres meses con este muchacho serio, hermético. Y sin cobrarle un centavo, sólo por estudio y experimentación. Sin embargo, la suma de los elementos que tengo deja "fuera" de la resultante algo. No acabo de encontrar qué... Es como si yo sintiera que este muchacho se está burlando de mí con su seriedad, precisamente. Lo que me preocupa es el no encontrar la causa de esta sensación. Pero concluyamos: Boris padece una cadena de *shocks* comenzada en su infancia y que se traduce en una resistencia a todos, produciéndole angustia. Además, claro, la soledad. Pero hay algo más. La terapia debe poder escarbar lo suficiente para llegar hasta el fondo, en donde algo le espanta. Jamás ha delatado emoción alguna al contarme sus cosas: permanece, casi, impassible, mirándome a los ojos... y esto es —¡indudablemente!— lo que me incomoda. Sí, es su mirada la que encuentro desagradable y, sin embargo, no creo que lo sea. En todo caso, es una forma de mirar endurecida... Pero no. Fluye de ella, aunque él no quiera, una ternura, casi diría yo: incompatible con su personalidad fría y serena. Por otra parte, no sé si he aportado algo positivo con la sugerencia que le hice —lo más veladamente que pude— de que se vaya a vivir solo. Esto me preocupa, pero si continúa bañándose en esa fuente traumática terminará, definitivamente, desequilibrado: primero, una parte de su personalidad se diluirá en la indiferencia y, luego, la comprometerá toda en una enajenación absoluta. Por otro lado está el factor mimético: ¿hasta qué punto se



librará este muchacho de la imitación inconsciente de su padre, de su madre, o de ambos a la vez...? Él asegura que las orgías alcohólicas de su padre le han producido tal efecto, que no puede, sino sentir náuseas, oler una copa de cualquier cosa. Principalmente de tequila. Sin embargo, estos casos desembocan fácilmente en un estado sádico-masoquista que les induce a llevar a cabo actos inconscientes de auto-destrucción, de una manera compulsiva. Principalmente cuando el elemento motivador ha desaparecido de su vida. Es como una resurrección fatal de una vieja y dolorosa herida. Concluyendo: Boris puede convertirse, a la muerte del padre o de la madre, respectivamente, en un alcohólico o en un frustrado sexual. Terapéuticamente, el procedimiento a seguir es el alejamiento —inmediato— de la fuente de desequilibrio. El rechazo debe de ser no sólo interno, sino también físico. Pero el momento de llevar a cabo esta terapia elemental —de donde se derivarán otras— es ahora mismo, porque quizá después sea ya inútil. Conclusión final: Boris tiene que separarse de su familia, pero no puedo sugerírselo directamente. El tratamiento perdería fuerza.

*

Ella dice que lo deje, que me olvide de que existe, que lo mejor que puedo hacer es no volver a verlo. Dice que es peligroso y que un día de éstos me va a meter en un lío, porque no me quiere. Dice que sólo está jugando conmigo... Sin embargo, jamás me ha invitado a su departamento. El día que lo haga —que nunca lo hará— rompemos para siempre. Pero lo único que hace es invitarme a tomar un café o a dar una vuelta por el parque. Ni siquiera me ha besado nunca, aunque yo sé que esto no es malo si somos novios y pensamos —eso creo que él piensa también— casarnos algún día. Pero Graciela dice que me está tendiendo una trampa y que si no lo dejo, voy a caer pronto. Lo que me extraña un poco es que ella, que habla tan mal de él, apenas lo ve, le cambia la cara y lo trata como a un viejo amigo. Bueno, intenta, porque Boris no voltea ni a verla. Y no es que él sea grosero, sino que es muy serio y le choca la alegría y la viveza de Graciela. No creo que ella tenga razón; lo que pasa es que no lo conoce y por eso dice todas esas cosas. Sin embargo, me ha hecho pensar y por eso fui a ver al padre Robles, aunque no he vuelto porque creo que él tampoco comprende nada. Le pedí que le hablara a Boris y que le dijera que volviera a su casa, pero no sirvió. Y lo malo es que no podemos formalizar nada si él vive apartado de su familia: ¿cómo me van a pedir si él no quiere ni verlos...? Dice que su padre lo trae entre ceja y ceja y que su mamá se la pasa viajando a Europa, donde tiene a sus padres ya muy ancianos. Y hasta que ella no vuelva —que será, por lo menos, hasta dentro de tres meses—

seguirá viviendo solo. Ahora me doy cuenta de que no debí haberlo amenazado... Se puso muy serio y por nada del mundo quiero que él crea en mi amenaza. En que pienso cumplirla. Sólo lo hago para que las cosas se formalicen y la gente no pueda hablar de él. Sólo por eso y porque luego inventan muchas historias y eso complica todo. Le voy a hablar a la madre Felipa de él. Quizá ella sí pueda aconsejarme y no se enoje, como el padre Robles. Estoy completamente segura de que aunque fuese a su departamento no pasaría nada y, en cambio, ¡me gustaría tanto saber cómo se las arregla solo...! Pero mejor no tentar al demonio, que siempre está al acecho.

*

No, de que hay vidas de perro, ni quien lo dude. Este pobre chamaco sí que está fregado. Con un pipa como su jefe y una loca como su madre, no le quedaba más remedio. Lo malo es que parece un niño bonito, y en la vida lo que cuenta es otra cosa. Por ejemplo, los cuates. Poco a poco se va uno como ayudando, como dándose la mano... y llega uno a comer menos peor, y a poder echarse sus tragos y a tener sus viejas... o casi. Hasta puede uno —con un poco de suerte— ponerle su casita a la ñora. Pero no así como así: hay que tener cuates que te den una mano cuando los necesitas, que al fin “en la cárcel y en la cama se conocen los amigos...” En cambio este pobre roto —aunque no quiere hablar de eso—, bien educado y leído, sabiendo inglés, francés y quién sabe qué más: si polonés o sepa; con su pelote bien güero, sus ojos azules y esa cara de amoscado que tiene, quién lo va a ayudar si se huyó de su casa, donde están las únicas gentes que conoce. Ni un cuate siquiera, ni una changa a quien contarle nada, a quien pedirle una mano... Porque entre nosotros es cosa de ñeris todo: nos quitamos la camisa por el compa, pero no por un güero, aunque nos caiga bien. Sabe por qué. De todas formas, pobre cuate éste. Tan chamaco y ya anduvo en la bola de allá mientras su jefe estaba fregado en los campos de concentración de los alemanes. Y luego del encuentro —nomás quedaron ellos tres: dos hermanos más, para acabarla de joder, se los quebraron frente a sus propios ojos—, la escapada en un barquito, para los Estaites. Y ahí, una de criada, otro de vago y él de lavaplatos. Ya ni la amuelan estos gringos. ¡Quiúbole Pepe! ¿Qué te echas?... El tequilacho de rigor. ¡Sale!... No mano, ya sabes que cerramos hasta las doce... Y luego, ya aquí, a la vendedera de libros. Y el pobre queriendo estudiar y haciendo mil sacrificios entre la escuela, su español y los clavos que necesitaba. Pobre güero, echándole los kilos por delante para que resultara que el padre era un briago incurable y que les arriaba duro... Hasta que, por fin (nomás dígame usted qué le sirvo...) se huyó de su casa. Pero ahora apenas si tiene para una copa de tequilacho cuando vuelve por la noche a su vivienda y, bien orgulloso, nunca me ha permitido que se la invite. Lo malo es que ya no quiere hablar de aquello, aunque yo me quemé porque me cuente algo más. Siempre ha de ser medio canijo eso de tenérselas que haber con una bola de desgraciados en un país en donde la amistad es tan cerrada. Por eso, ¡palabra que lo admiro al güero!

*

Han querido perder a Dios. Y lo han conseguido, pero ahora no se soportan de pie ni un minuto solos. Parecen hojas al viento: van a donde una sociedad corrompida quiera llevarlos. Y los estúpidos padres les dejan hacer todo aquello que a estos cretinos se les mete en la cabeza. Todo por miedo de enfrentarse a ellos y arrimarles una tanda de palos hasta sangrarles. Todos los días, si fuere necesario... Pero no: los traumas, la libertad y esas

cosas hasta que les hacen el peor daño de todos: hacerlos unos muñecos de cera que se derriten al menor calor. No hay más que ver las películas que los arrebatan: un mundo falsamente joven que hace lo que le viene en gana. Y los padres y los mayores representados como unos viejos idiotas; y Dios innombrado. Ausente siempre de sus diversiones, de sus vidas todas.

La pobre muchacha me lo vino a contar con lágrimas en los ojos. Que si yo podía hacer algo; hablarle, decirle que volviera a una vida normal... ¿Por qué yo? Yo, precisamente, que no soporto ver este espectáculo de vándalos y débiles mentales. Yo: que recuerdo con gratitud los palos, las tundas y las bofetadas de mi padre a la menor rebeldía, gracias a lo cual me hice hombre cabal, no muñeco. Pero, "naturalmente", eran otras épocas. Había que sudar mucho para ganarse el pan de todos los días y, luego, en el seminario, la vida dura, militar, hacedora de hombres-soldados al servicio de Dios... Y la guerra civil. ¡Ahí sí había temple y coraje! Sufrimiento. Y es todo esto lo que esos blandengues no conocen... Pero, Morris sí, por lo que no tiene perdón. Si hubiera permanecido allá, donde se sufre, donde se llora, donde es necesario ser hombre para vivir, quizá no hubiera caído tan bajo, tan bajo. Quizá no se hubiera contagiado de este ambiente decadente, abundante, ocioso, plenamente femenino, que ya es decir algo... Es otro el camino para ser hombre. ¡A mí con ésas! (Para esta tarde tendré preparado el artículo para *El Mercurio*, sobre estos temas. Llamaré pan al pan y vino al vino, como siempre.) En cuanto a él, ya lo dije: que regrese a casa de su padre, que trabaje, que estudie, que se temple en el sufrimiento viril de la vida y que se deje de estupideces de una vez por todas.

*

¡Tiene los pantalones muy bien puestos! Así, porque quiere, hace su vida como se le antoja vivirla. ¡No hay como eso! Trabaja para ganar esta independencia y gana muy buena lana. Tiene sus buenos tacuchos y lo invitan a las mejores fiestas, en donde las gordas se vuelven locas con él, como que siempre tiene centavos en la bolsa y es, además, carita. Pero lo mejor de todo ha de ser eso de vivir solo en un departamento que tiene uno arreglado como se le pega la gana y al que se puede llegar —¡qué suerte la suya!— a la hora que uno quiere sin que nadie le diga nada. Por otro lado, su jefe está muy bien parado y en cualquier necesidad que tenga Boris, ahí estará él. Porque la verdad es que no están enojados. No hubo gresca, sino que se largó porque la vida se goza más viviéndola con independencia, con libertad y no amarrado —como estamos todos— a los viejos que no comprenden nada. Todo se les va en echar sermones y en amenazar constantemente con ponerlo a uno a trabajar. ¡Como si uno no pudiera hacerlo...! Lo que pasa es que la vida de estudiante es fabulosa y hay que gozarla hasta que se pueda. Ya, después, cuando tenga que ganarse uno el pan y mantener a la gorda y a los chavos, será otra cosa. Este cuate sabe lo que hace y, además, todo le sale bien. Por ejemplo, en clase no hay quien le llegue: antes que nadie sabe lo que pregunta el profe y en los exámenes parece que está jugando porque termina como con veinte minutos antes que todos y, luego, se queda hasta que comienzan a salir los demás para que podamos copiarle la letra grandota que hace cuando "revisa" su examen y lo levanta de la papelería. Claro que los viejos ni se sospechan nada, porque Boris es el primero siempre y el más "serio". Esto es lo que lo salva siempre.

No sé bien en qué trabaja, pero yo creo que ha de ser en uno de los negocios de su jefe porque casi no hace nada, dice, y se sale y llega a la hora que quiere. A veces hasta se trae un carrazo, dizque de "la compañía", en el que nos da aventón hasta Insurgentes para seguirse a San Ángel para hacer "unas cosas". Mejor, porque si me llevara hasta la casa me daría pena

que viera la ratonera en la que vivimos. Y a lo mejor la Chata salía a gritarme y entonces sí que no sabría en dónde meterme. Este Boris... ¡quién fuera él!

Ahora, escucha: todo eso es mentira. La imaginación es lo más poderoso que el hombre alimenta en sí mismo. Por ella vive y muere, supone, deduce, crece o adivina, plenificando o aniquilando su vida. La imaginación es factor de riqueza o de miseria: un hombre lo tiene todo o no posee nada en función de ella. Puedes imaginar no sólo una vida, sino infinitas. ¿No gracias a ella hemos estructurado, con toda minuciosidad, otra existencia a continuación de esta apenas muramos?... ¿Y no debido al poder que sobre nosotros ejerce esa imaginación, suponemos una vitalidad distinta a la nuestra en otras galaxias, planetas y constelaciones? ¿No vivimos pendientes de nuestras acciones y de nuestros deseos, no aquí, sino ahí donde ella nos lleva?... No. Todo eso que has oído y que, con tu espíritu preciso, sintético y curioso has venido a relatarme, son mentiras o, mejor, frutos de esa imaginación que odia a la realidad porque ésta es pobre, miserable. Por eso los perdono y porque sé que nunca han hablado con mala fe: yo no les daba otra oportunidad ya que he callado siempre. Así, cerrado a todos, sirvo entonces de espejo a sus sueños... Si yo interviniera, estos sueños no tendrían más remedio que aceptar los míos, y siempre me han parecido más hermosos los que tienen los demás, porque yo soy un inválido: me falta ese sentido que desbordan todos ustedes.

No, no lo creas. Mi vida es mucho más sencilla que todo eso que te han contado. Vivo con mis padres, pobres viejos, normales, pacíficos. Estudio duro, porque sé que no tendré otra salvación en la vida. Trabajo lo más que puedo en el despacho de un tío medio abogado y me preparo para una vida difícil. Por otra parte, algunas veces pienso, créeme, que sería maravilloso tener imaginación.

